

## BALANCE DE SITUACIÓN DEL NUEVO LABORISMO

Los gobiernos de centro-izquierda que dominaron la zona del Atlántico Norte hasta el fin del milenio hoy prácticamente han desaparecido. A los seis meses de la victoria de Bush en Estados Unidos, la coalición del Olivo se había desmoronado ante Forza Italia, el partido de Berlusconi. El otoño de 2001 vio cómo los socialdemócratas se alejaban del gobierno en Noruega y en Dinamarca. En abril de 2002, el gobierno laborista de Kok dimitía ante un informe que atribuía a las tropas holandesas haber sido cómplices en la masacre de Sebrenica. El mes siguiente, Jospin se colocaba en un humillante tercer puesto detrás de Chirac y de Le Pen en la carrera presidencial francesa, y la derecha triunfaba en las elecciones legislativas. En Alemania, la coalición entre el SPD [Partido Socialdemócrata] y los Verdes se asía de un hilo ayudada por unas inundaciones providenciales. Aunque el SAP [Partido Socialdemócrata] retiene su dominio histórico en Suecia, ahora carece de la mayoría absoluta y el fracaso en la campaña de 2003 a favor de la entrada del euro supuso un duro golpe para Persson. En Grecia, donde el PASOK [Movimiento Socialista Panhelénico] únicamente ha estado fuera del poder tres años desde 1981, Simitis consiguió auparse de nuevo en 2002 gracias a una ceñida ventaja del 43,8 frente al 42,7 por 100 de los votos.

Dentro de este paisaje, Inglaterra ha sido la excepción destacada. El Reino Unido es el único lugar donde un gobierno de centro-izquierda permanece firmemente en su puesto, con sus amarres en el poder reforzados, si cabe, en su segundo periodo de mandato y disfrutando todavía de un amplio margen de ventaja electoral. Ambos rasgos –la supervivencia del Nuevo Laborismo en sentido contrario a la rotación general de la rueda política, y la amplitud de su predominio en la esfera doméstica– colocan a este país en un lugar aparte dentro de la zona de la OCDE. En otras partes, aunque los gobiernos se hayan desplazado desde el centro-izquierda al centro-derecha, los bloques de votantes de los partidos han permanecido relativamente estables; por ejemplo, Estados Unidos se sitúa sólo a un punto, aproximadamente, por debajo del 50/50. Contraviniendo este ciclo, en Inglaterra se ha producido un cambio de la fortuna mucho más drástico. Las sucesivas y arrolladoras victorias parlamentarias de Blair, en 1997 y en 2001, han dado como resultado las mayorías más amplias habidas en la Cámara de los Comunes en la historia de posguerra y han

repartido, en la segunda ocasión, 413 diputados al Nuevo Laborismo, 166 a los conservadores y 52 a los demócratas liberales. Incluso con el Reino Unido encasquillado en la ocupación de Iraq, el Nuevo Laborismo parece estar listo para ganar un inédito tercer mandato en 2005.

La excepción británica plantea tres preguntas interconectadas que necesitan ser consideradas comparativamente dentro del contexto internacional. ¿Cuáles son las razones de la estabilidad del régimen de Blair? ¿Cómo debería valorarse el récord en el poder del Nuevo Laborismo? ¿Dónde tendría que descansar la lógica de la oposición política al mismo?

Previamente es necesario descodificar las mayorías parlamentarias sin precedentes de Blair, ya que la geografía electoral subyacente ofrece una imagen bastante distinta. En términos absolutos, el voto popular al Laborismo de 10,7 millones en 2001 fue muy bajo, menor, incluso, que los 11,5 millones que vieron a Kinnock derrotado en 1992. En realidad, menos de uno de cada cuatro votantes (el 24 por 100 del total del electorado) marcó una cruz por el gobierno de Blair, mientras que el número de personas que acudió a las urnas descendió de un (entonces) mínimo récord del 71 por 100 en 1997 a un mero 59 por 100 en 2001<sup>1</sup>. Se quedan sin representación en el Parlamento las 2,8 millones de abstenciones laboristas que se han producido en los antiguos núcleos industriales británicos: las conurbaciones de Tyne y Wear, Manchester, Merseyside, las West Midlands, Clydeside y Gales del Sur. El núcleo duro del voto laborista se quedó en casa: los blancos en las antiguas regiones mineras y los asiáticos en las ciudades del interior de Lancashire, en concreto, los menores de veinticinco años. El número de votantes cayó por debajo del 44 por 100 en los distritos electorales empobrecidos alrededor de los astilleros del Tyneside, así como en las grises urbanizaciones de protección oficial de Glasgow y en las hileras de casas adosadas semiabandonadas de Salford y del centro de Leeds, y por debajo del 35 por 100 en las áreas arruinadas de la zona portuaria de Liverpool<sup>2</sup>. Si se mide en términos de no ejercicio del derecho de voto por parte de la clase obrera, bajo el Nuevo Laborismo la americanización de la política británica se ha acelerado dramáticamente, llegando a alcanzar niveles de abstención dignos del propio Estados Unidos.

Así pues, las amplias mayorías de Blair no han sido producto del entusiasmo de los votantes, sino de un sistema electoral basado en el principio *winner-takes-all* [«todo para el ganador»] que ha distorsionado escandalosamente el que ha sido uno de los acontecimientos más llamativos de la política actual británica, el hundimiento de los conservadores, el histórico partido del gobier-

<sup>1</sup> En 1997, sólo un escaso 30 por 100 del total de electorado votó por el Nuevo Laborismo; la única ocasión en la que el partido había ocupado el poder con un nivel más bajo de apoyo popular se produjo en 1974. Las 13,5 millones de papeletas que maquillaron la primera «victoria arrolladora» de Blair son un pobre resultado si se compara con los 14 millones que sirvieron a Major para lograr una apurada nueva victoria en 1992. Véase David BUTLER y Dennins KAVANAGH, *The British General Election of 2001*, Londres, 2002.

<sup>2</sup> La realidad social difícilmente encaja con la declaración de Ferdinand Mount según la cual el electorado era demasiado feliz como para votar, *Times Literary Supplement* (15 de junio de 2001).

no del país. Si el apoyo al Nuevo Laborismo ha sido débil, el voto de los *tories* se ha desmoronado: desde los respetables 14 millones de votos obtenidos en 1992, pasó a 9,6 millones en 1997 y a los escasos 8,3 millones de 2001. En todos los centros urbanos más importantes, la nueva *middle England* soñada por Thatcher –no sindicalizada, propietaria de sus viviendas y empleada en el sector servicios– ha abandonado su partido, bien votando al Laborismo o bien quedándose en casa. Los conservadores retienen, únicamente, dos escaños de los 23 en el centro de Londres, uno de los 25 en el Gran Manchester y ninguno en los núcleos urbanos de Merseyside o Tyne y en las regiones de Wear<sup>3</sup>. De la periferia céltica prácticamente se han evaporado, con un sólo escaño en Escocia y ninguno en Gales. Sus 166 diputados actuales en gran parte se deben a los votos cosechados en los condados y en las periferias del sur, los núcleos donde se concentra el electorado de los *tories*. En ningún otro lugar de Europa un partido de gobierno de la derecha ha experimentado una caída de tal magnitud. Una debacle que ha sido la precondition para los últimos siete años de gobierno sin oposición del Nuevo Laborismo, es decir, para su ingrátida hegemonía.

### *El declive y sus soluciones*

Detrás de esta inversión de papeles en el sistema político yacen las transformaciones sociales y económicas que han sido labradas por dos décadas de desenfadada reforma neoliberal. Las raíces históricas del dominio conservador se remontan a la configuración peculiar que adoptó la capital inglesa en el momento de su nacimiento en los siglos XVII y XVIII, cuando un estamento aristocrático terrateniente, aupado por un acaudalado estrato de comerciantes asentado en Londres, se convirtió en la primera clase capitalista de Europa y en la orquestadora de un imperio en expansión en ultramar. Los fabricantes industriales del norte, que alcanzaron su esplendor durante las mismas décadas en las que los propietarios ingleses se encontraban petrificados ante el espectro de la revolución al otro lado del canal, optaron por no enfrentarse a este bloque comandado por los terratenientes, sino por unirse a sus filas. El Estado de la aristocracia capitalista –en su centro la soberanía de la monarquía parlamentaria– se conservó manteniendo todos sus fundamentos arcaicos hasta el final del siglo XIX, acumulando una progresiva y poderosa batería de instituciones hegemónicas: la corona y los dominios, Whitehall<sup>4</sup> y Westminster<sup>5</sup>, la City<sup>6</sup>, los tribunales de justicia y las fuerzas armadas, las universidades

<sup>3</sup> La única excepción fue la zona de Dagenham-Barking de Essex del Sur, que experimentó un viraje de 5,9 puntos hacia el lado de los conservadores.

<sup>4</sup> Nombre de la avenida londinense que une Trafalgar Square y Parliament Square, a lo largo de la cual y en sus inmediaciones están las sedes de distintos ministerios. Whitehall se utiliza para referirse al gobierno británico en sentido amplio, más que a su primer ministro o al Parlamento en concreto [N. de la T.].

<sup>5</sup> Zona histórica de Londres donde se encuentran la abadía del mismo nombre, el Parlamento y el Palacio de Buckingham [N. de la T.].

<sup>6</sup> Barrio financiero de Londres situado en el centro de la ciudad donde se encuentran el Banco de Inglaterra y la Bolsa [N. de la T.].

y las escuelas públicas. Se demostró plenamente capaz de absorber el impacto del sufragio universal. Acorde con la lógica interna de este orden establecido, fueron los conservadores, con sus antecedentes resueltamente imperiales y hacendados, en vez de los liberales, más estrechamente ligados a las ciudades y a la industria, los que emergieron como el partido unitario del capital que necesitaba el sistema electoral organizado de acuerdo con el principio *first-past-the-post* [«gana el candidato más votado»] una vez que la clase trabajadora había alcanzado su propia representación con el nacimiento del Laborismo. Maestros en el arte de gobernar, durante la mayor parte del siglo xx los conservadores fueron la voz política natural del *establishment*.

A principios de la década de los sesenta, este bloque hegemónico había gobernado, con breves interludios laboristas, durante casi todo el siglo de declive desde el cenit imperial británico. La «auditoría» de la Segunda Guerra Mundial había revelado una base manufacturera chirriante y anticuada, arcaizada por la falta de inversión, mientras la City, con el apoyo del Banco de Inglaterra y del Tesoro, buscaba mayores ganancias en el extranjero. El sistema *lend-lease*<sup>7</sup> bloqueó al Reino Unido en una conciliadora dependencia crediticia de Washington. Después de 1945 y durante al menos un decenio, el monto del déficit fue ocultado mientras la lenta reconstrucción de las economías destrozadas por la guerra en Europa y Japón permitían a Inglaterra gozar de una relativa superioridad y Churchill luchaba por aferrarse a los restos del imperio. En otros lugares, las viejas elites fueron destruidas y remozadas en las piras de la guerra y de la ocupación estadounidense pero, aquí, el orden tradicional, entibado con la victoria, se mantuvo al frente. Finalmente, en la década de los sesenta, con las colonias casi desaparecidas y el nuevo reto de la Comunidad Europea en el horizonte, los síntomas del estancamiento se tornaron imposibles de ignorar.

En el transcurso de los siguientes quince años se sucedieron cuatro intentos de modernización, unidos en su asalto al movimiento obrero organizado. Políticamente limitado si se compara con sus equivalentes continentales, el movimiento sindical británico poseía una fortaleza y una cohesión cultural dentro del arraigado sistema de clases industrial del Reino Unido que le dotaron de una enérgica voz para determinar la práctica obrera en los lugares de trabajo. La *In Place of Strive*<sup>8</sup> [«Fórmula del

<sup>7</sup> El sistema sancionado por la ley *Lend-Lease*, aprobada por el Congreso de Estados Unidos en 1941, consistía en que este país se comprometía a suministrar material bélico a Gran Bretaña a cambio de que ésta lo devolviera al finalizar la Segunda Guerra Mundial. La mayor parte de este dinero fue devuelto a Estados Unidos y supuso una considerable carga económica para Gran Bretaña [N. de la T.].

<sup>8</sup> Esta fórmula fue adoptada por el primer ministro laborista Harrold Wilson, elegido en 1964 y que se mantendría en el poder durante ocho años, para responder a las tensas y conflictivas relaciones con los sindicatos y con el movimiento obrero en general que caracterizaron a su gobierno. Desde 1948 hasta 1964 la tasa de sindicalización se había incrementado un 33 por 100 y en 1971 llegaba al 58 por 100 de la fuerza de trabajo. En Europa, la conflictividad laboral en Gran Bretaña sólo era superada por la italiana. En la primera mitad de 1970 las huelgas hicieron perder seis millones de jornadas laborales, el doble que en todo el año anterior. Después del fracaso del intento del gobierno de controlar los precios a tra-

Acuerdo] de Wilson –vendiendo un recorte de los derechos sindicales a cambio de un papel en la «cadencia» de los desarrollos tecnológicos y corporativos– no consiguió ganar el apoyo de su propio partido. Después de 1970, la estrategia de Heath definida en la conferencia de Selsdon Park<sup>9</sup> –la entrada en la Comunidad Económica Europea más el estímulo fiscal y la toma de medidas enérgicas contra el movimiento obrero organizado– chocó con una diametral oposición por parte de los sindicatos. El gobierno laborista regresó en 1974 culpando de nuevo a los sindicatos de ser la principal causa del desempleo y de la inflación, y promovió por vez primera –en un país avanzado– el programa de reestructuración del FMI. Los recortes presupuestarios de Callaghan pulverizaron a los trabajadores del sector público que percibían los salarios más bajos, y su tenaz oposición, junto a la reacción contra ésta, devolvió el poder a los *tories*.

Finalmente, con Thatcher la modernización se ejecutó con creces. La tasa de desempleo se mantuvo imperturbable por encima de los tres millones durante un decenio mientras los conservadores sacaban adelante un contundente programa de reestructuración de la política social que aniquiló la resistencia sindical, desreguló los servicios financieros y privatizó las empresas de servicios públicos y las viviendas de protección oficial, todo ello con el fin de crear una nueva amplia capa de pequeños inversores y de propietarios de sus propias viviendas. La industria, a excepción de la de defensa –donde los «empleos británicos» cobraron un valor precioso–, fue abandonada a su suerte. Ésta era la solución del capital financiero.

### *La mercantilización del establishment*

Pero efectuar una transformación de tal envergadura implicaba una violenta embestida ideológica no sólo contra los sindicalistas y contra las empresas públicas, sino también contra la Administración pública, contra las universidades, contra la BBC, en definitiva, contra todo el espíritu del servicio público del *establishment*, es decir, la deferencia de clase y la distinción cultural sobre las que durante tanto tiempo se había basado la propia hegemonía política de los conservadores. Thatcher conservó las instituciones tradicionales del *ancien régime*, pero su estocada drenó la legitimidad de las

---

vés de la congelación salarial, tanto Wilson como Barbara Castle, la responsable de empleo, propusieron un cambio legal respecto al papel de los sindicatos en las relaciones laborales, pero se encontraron con una dura oposición incluso dentro del propio Partido Laborista, pues propuestas como la celebración de referendos en las empresas para convocar una huelga o de imponer periodos de enfriamiento en caso de conflicto eran criticadas como medidas básicamente destinadas a recortar los derechos sindicales. En junio de 1969, en un intento de normalizar y normativizar las prácticas del movimiento obrero, B. Castle en su «White Paper on Reform of Industrial Relations» propuso una «fórmula de acuerdo» a la que se acogieron los sindicatos mayoritarios en la que se preveía la mediación de los sindicatos para controlar el daño que pudieran causar sus movilizaciones en la producción, como, por ejemplo, la intervención de la dirección de los mismos contra las huelgas no oficiales. Sin embargo, la fuerza acumulada en aquellos años por el movimiento obrero y su espontaneidad hicieron imposible la efectividad de dicha fórmula. [N. de la T.]

mismas. La lógica inevitable se impuso dentro de su propio partido. Los peces gordos que bajo el antiguo sistema de clases mantenían el control sobre la política estratégica y sobre las decisiones de la cúpula, y que contaban con el apoyo fiel de una base de clase media, vinieron ahora a ser suplantados por segmentos más combativos, pequeño burgueses y *nouveau riches*, más cercanos en el plano ideológico al poujadismo que a la elevada tradición *tory*. El partido conservador cayó víctima de su propio éxito.

A juzgar por el tiempo que había pasado cargando pilas en la oposición, después de que Thatcher fuera despachada, una dirección conservadora pragmática –Clarke, Patten, Heseltine, Hurd– podría haber forjado perfectamente un consenso funcional sobre la unión política y monetaria europea, pese a que el Tratado de Maastricht hubiera sido, de modo inevitable, un momento dramático para el partido del imperio. En un escenario distinto, los laboristas habrían tenido que asumir la tarea de gestionar las repercusiones del «miércoles negro» que se produjo como resultado del encorsetamiento de Lawson de una libra sobrevaluada en el Mecanismo de Tipos de Cambio del Sistema Monetario Europeo. Pero el fiasco del Laborismo bajo la dirección de Kinnock en 1992 mantuvo a Major en el poder. La crisis interna del conservadurismo explotó con el partido todavía en el gobierno cuando las facciones euroescépticas del gabinete se rebelaron contra Major sobre la cuestión de Maastricht.

Después de la derrota electoral de 1997, esta nueva capa eclipsó en gran medida el pragmatismo de la elite conservadora tradicional desencadenando el divorcio del partido de los intereses de la City y de las multinacionales. Una nueva vuelta en esta espiral sociológica descendente se produjo en 1998 a raíz de los estatutos del partido, en los que el derecho a elegir al líder conservador se dejaba en manos de los miembros de las asociaciones locales de electores, hasta entonces sin poder de decisión y cuya media de edad era de sesenta y dos años y en su mayoría residía en zonas rurales. El resultado fue que se rechazó a los políticos nacionales convincentes y se entregó el cargo a Iain Duncan Smith, un presumido fantoche incapaz de asestar un sólo zuque parlamentario a Blair a pesar de las dificultades que el gobierno atravesaba en Iraq. Finalmente, tras una humillante derrota en una elección parcial<sup>10</sup> en Londres en octubre de 2003, los *apparatchiks* de la Oficina Central precipitaron un golpe de Estado fulminante que privó a los miembros del partido de su voto letal. El hecho de que, actualmente, deba aclamarse salvador del partido a Michael Howard –vilipendiado durante el periodo en el que desempeñó

---

<sup>9</sup> En febrero de 1970, Edward Heath reunió a la cúpula del Partido Conservador en el hotel Selsdon Park para redactar un manifiesto en el que se recogerían las propuestas para ganar las siguientes elecciones, como efectivamente ocurrió. [N. de la T.]

<sup>10</sup> Elecciones celebradas con carácter excepcional en el Reino Unido, así como en otros países de la Commonwealth, cuando un escaño queda desierto por fallecimiento o dimisión de un parlamentario. Dichas elecciones tienen lugar únicamente en el área electoral representada por el citado parlamentario. [N. de la T.]

el cargo de ministro del Interior en la década de los noventa— es una medida, en sí misma, de las profundidades de la crisis conservadora.

### *Los continuadores*

Cuando accedió al poder en 1997, el Nuevo Laborismo era el heredero del paisaje social transmutado por el thatcherismo. En la City, la arquitectura a escala industrial de las compañías financieras desreguladas empujaba hasta hacer parecer de juguete la ciudad del capitalismo de caballeros. La concentración en las periferias se había extendido a lo largo del sur de Inglaterra. Las empresas farmacéuticas y de silicio, financiadas con capital japonés y estadounidense, florecían a lo largo del carril suroriental M14 que une Londres y Reading. Las puertas y las ventanas de las casas adosadas que flanqueaban las calles de las antiguas ciudades industriales continuaban selladas con tablas, y la industria siderúrgica había sido trillada quedando sólo escombros. La modernización thatcherista, pese a haber sido sumamente eficiente como instrumento de transferencia de riqueza y de poder de clase, de modo palmario no había dado la talla como solución a largo plazo de los problemas de productividad y de inversión que afrontaba. Muchas de las empresas proveedoras de servicios públicos se habían hundido en manos de gestores privados, si bien sus cajas ya estaban esquilmas de antes. El proceso de deterioro de las escuelas y de los hospitales siguió su curso. Y la privatización del ferrocarril demostró ser un desastre.

Sin embargo, el Nuevo Laborismo había prometido desde el principio consolidar el paradigma thatcherista en vez de crear un nuevo modelo. Su declaración programática, *The Blair Revolution*, demostraba un apocado respeto por los logros de su antecesora. Desde el Ministerio de Economía, Brown prescribiría unos niveles de superávit fiscal que normalmente sólo se exigen al Tercer Mundo, pero que preveía enmendar tomando unas cuantas medidas de bajo coste contra la pobreza. Respecto a la modificación del texto constitucional, la «reforma serena y pausada» estaba en orden. El sistema penal sería endurecido para aumentar la probabilidad de la condena. En Europa, desdeñando la fórmula del «neoliberalismo nacional» de los *tories*, el Nuevo Laborismo avanzaría el programa del libre mercado a través del continente. Cualquier movimiento dirigido a crear un bloque federal autónomo en el que el centro de gravitación estuviese constituido por Francia y por una Alemania reunificada sería frustrado por medio de una ampliación de la Unión Europea difícil de manejar y por la insistencia constitucional en los mecanismos intergubernamentales. Un eje Londres-París-Bonn/Berlín aseguraría que la expansión militar europea estaría encerrada por mediación de la OTAN tras el liderazgo de Estados Unidos<sup>11</sup>. En materia de defensa Blair

---

<sup>11</sup> Peter MANDELSON y Roger LIDDLE, *The Blair Revolution*, Londres, 1996, pp. 29, 82-83, 164-175, 210 y 240; Gordon BROWN insiste con entusiasmo en «Economics vs Dogma», *Wall Street Journal* (28 de mayo de 2003), en el papel que ha desempeñado Gran Bretaña en la introducción en Europa de la flexibilidad laboral, de la desregulación y de la competencia tributaria a la baja.

prometió: «Sí, apretaría el botón nuclear si fuera necesario». En septiembre de 1996 el gabinete en la sombra fue espoleado para mostrar un apoyo unánime a los ataques aéreos de Clinton y Major sobre Iraq<sup>12</sup>. Aunque los partidarios socialdemócratas del Nuevo Laborismo no hayan abandonado la esperanza de que el gobierno verá la luz y dará un giro hacia políticas sociales redistributivas, sus líderes no les han dado motivos para hacerse tales ilusiones. El programa de la entidad belicosa y vehementemente neoliberal en la que podría convertirse una Gran Bretaña blairista estaba en gran medida organizado de antemano. Cuando el Nuevo Laborismo entra en su octavo año en el gobierno, ¿cuáles han sido los resultados?

### *Crecimiento sostenido*

En el frente económico, Clarke y Major ya habían velado por la recuperación de los dos años de recesión que acabaron con el periodo de expansión de Thatcher-Lawson. Las tasas de crecimiento comenzaron a reactivarse a partir de 1993, cuando el reducido valor que alcanzó la libra esterlina tras su expulsión del Mecanismo de Control de Tipos de Cambio ayudó a que se produjera un aumento de las exportaciones. En 1995, Major podía vanagloriarse de que Gran Bretaña poseía la tasa de inflación más reducida de la UE y las tasas de crecimiento más elevadas. Los aumentos del tipo de interés por parte de la Reserva Federal aquel año dieron origen a una burbuja financiera que hizo que el mercado de valores de Londres alcanzara cotas desorbitadas. En la City, los honorarios y las comisiones de los agentes e intermediarios de los mercados de seguros, financieros y de divisas se dispararon. La desregulación, los bajos costes laborales y una lengua universal habían convertido al Reino Unido en el puerto de llegada al Mercado Único Europeo con más atractivo para el capital extranjero. Desde 1996, la libra comenzó a fortalecerse, a la vez que se producía una subida del dólar, beneficiándose de las incertidumbres que rodeaban la llegada del euro. Los precios de las importaciones se hundieron y el valor de la vivienda comenzó a incrementarse de nuevo. La tasa de empleo experimentó un ascenso gracias al fuerte crecimiento del sector de los servicios, como peluquerías, cafeterías, viveros y comercios minoristas. Las generosas ventajas fiscales sobre las cuentas de ahorro e inversión atrajeron a los pequeños ahorradores al mercado de valores. La deuda de los hogares comenzó a elevarse y el Reino Unido comenzó experimentar su propia versión provinciana de la burbuja imperial.

Por lo tanto, el Nuevo Laborismo se encontró frente a una expansión consolidada de cuatro años de crecimiento. La medalla más valiosa que puede lucir el partido consiste en haber administrado eficientemente la misma tendencia expansiva. El crecimiento medio del PIB entre 1997 y 2002 fue de un respetable 2,4 por 100, si bien esta cifra se encuentra algo por debajo del 3,2 por 100 registrado en los cinco años anteriores. Al haber mantenido una cuota de inversión más reducida en tecnologías de la información

---

<sup>12</sup> John KAMPFNER, *Blair's Wars*, Londres, 2003, pp. 5 y 21.

y de la comunicación que Estados Unidos, el Reino Unido ha sufrido en menor medida las repercusiones de la crisis experimentada por este sector como consecuencia del colapso del mercado bursátil después de 2000. En 1984 el número de jornadas laborales perdidas a causa de las huelgas ascendió a 27 millones, bajo el gobierno de Major el promedio anual fue de 620.000 y, durante el primer mandato del gobierno laborista, esta cifra ha caído hasta alcanzar un récord mínimo anual de 368.000. El *boom* crediticio ha dado lugar a unas tasas de empleo históricas, pese a que sólo un 40 por 100 de la fuerza de trabajo británica posee un empleo permanente y a jornada completa. Y, lo que es más importante de cara a los resultados del régimen en los sondeos de opinión, el consumo personal ha mantenido un crecimiento medio del 5,7 por 100 entre 1998 y 2003, a pesar de que todavía está basado en un nivel de endeudamiento de los hogares muy elevado, afianzado por el aumento de los precios de la vivienda.

Según algunos observadores, una vez superado el «declive», Gran Bretaña acaba de entrar en una nueva era de bonanza económica con tasas de crecimiento más elevadas y niveles de desempleo más bajos que los existentes en los principales países de la zona euro<sup>13</sup>. En opinión de estos analistas, la confluencia de la globalización con las políticas neoliberales ha transformado en una ventaja los tradicionales prejuicios financieros y comerciales del Reino Unido, convirtiéndolo en el escenario ideal para prestar servicios exteriores al capital internacional, mientras que a la postre la desindustrialización traerá consigo el sosiego definitivo a la estancada producción manufacturera. Pero muchos de los rasgos subyacentes del declive británico todavía persisten. Desde 1997, el crecimiento del PIB ha dependido, primordialmente, de la expansión de la fuerza de trabajo, particularmente en el sector de los empleos de baja cualificación, y de un aumento en el número de horas trabajadas, pero no de un mayor rendimiento horario por trabajador. En el conjunto de la economía, los niveles de productividad todavía están por debajo de la media alcanzada por los países del G7. La inversión se ha quedado rezagada, especialmente en tecnologías de la información y de la comunicación, donde la escasez de fondos se ha atribuido generalmente a la escasa formación de la mano de obra y al encogimiento de la partida presupuestaria destinada a I + D. En términos generales, la ratio capital/hora trabajada del Reino Unido se sitúa entre las más bajas de la Unión Europea<sup>14</sup>. Entretanto, la privatización no ha solucionado el atraso histórico en infraestructuras que padece el país. Las mismas recetas responsables de las frecuentes averías y accidentes fatales de la red de ferrocarriles están a punto de producir resultados igual

<sup>13</sup> Andrew GAMBLE, «Theories and Explanations of British Decline», en Richard ENGLISH y Michael KENNY (eds.), *Rethinking British Decline*, Basingstoke, 2000. Estos pronósticos no son nuevos. Alrededor de 1987, en la cima del *boom* de Lawson, las páginas de la prensa financiera e, incluso, las revistas especializadas describían elogiosamente el renacimiento del Reino Unido.

<sup>14</sup> Stephen NICKELL, «The Assessment: The Economic Record of the Labour Government since 1997», *Oxford Review of Economic Policy*, vol. 18, núm. 2, 2002; Mary O'MAHONEY, «Productivity and Convergence in the EU», *National Institute Economic Review* 180 (abril de 2002).

de graves en el metro de Londres. Los contratos de treinta años defendidos por Blair y Brown para estimular la «iniciativa financiera privada» con el fin de inyectar capital en servicios como el transporte, la energía eléctrica, los hospitales y las escuelas asfixian a los mismos obligándoles a devolver grandes sumas de dinero durante las décadas venideras.

Las transferencias brutas de riqueza de los pobres a los ricos han continuado bajo el Nuevo Laborismo. Los impuestos indirectos, a pesar de haber sido reducidos ligeramente tras las protestas masivas por el aumento de los precios del combustible en el 2000, todavía son más elevados que en los días de Thatcher. Los créditos impositivos<sup>15</sup> que Brown ha introducido para las personas con hijos o los pensionistas que perciben rentas bajas han sido compensados con cambios de mayor envergadura en la distribución de la renta subyacente, pese a haber cosechado abundantes elogios por parte de los analistas de la izquierda liberal por conceder al 10 por 100 más pobre de la sociedad una renta adicional de 15 libras semanales. Según un estudio reciente, «en términos generales, la pauta seguida por el nivel de desigualdad no ha sufrido muchos cambios, pues todavía alcanza máximos históricos»<sup>16</sup>. El salario mínimo ha sido fijado en 8.736 libras anuales, es decir, por debajo del nivel salarial del mercado de trabajo en la mayor parte del país, y los *tories* se han comprometido a dejarlo como está<sup>17</sup>. Durante el segundo mandato laborista, tanto las diferencias salariales como la discriminación retributiva en función de la diferencia de género se han agrandado y el coeficiente Gini<sup>18</sup> ha mantenido la tendencia ascendente que acusa desde 1979.

Si se toman otros indicadores sociales, el resultado es igual de desolador. Actualmente, el nivel de alfabetización es menor que el de Estados Unidos, por no hablar del de la UE. La ratio profesor-alumno en los centros

---

<sup>15</sup> Fórmula mediante la cual los empresarios, en lugar de abonar a Hacienda la parte de la nómina de sus empleados correspondiente al impuesto sobre la renta, deben abonársela a éstos. Esta medida es aplicable sólo a las personas con unos ingresos mínimos y responde al hecho de que muchas de ellas, a pesar de completar, mediante distintos trabajos parciales una jornada laboral completa, no consiguen alcanzar dichos ingresos mínimos. Ha sido anunciada como una medida para estimular a las personas que hasta ahora percibían subsidios a que se integren en el mercado laboral y las protestas que más se han oído hasta el momento por sus destinatarios descansan en el hecho de que el único control sobre la cantidad que se les debe entregar lo realiza el propio empleador. [*N. de la T.*]

<sup>16</sup> Tom CLARK *et al.*, «Taxes and Transfers 1997-2001», *Oxford Review of Economic Policy* (2002), p. 198.

<sup>17</sup> El salario mínimo está establecido en 4,20 libras la hora (agosto de 2003) y no rige para los menores de veintinueve años. Las afirmaciones de que más de un millón de trabajadores se «han beneficiado» de su introducción son exageradas. Más exactamente, los trabajadores «ocuparían una posición que les permitiría beneficiarse si pudieran llevar al empleador ante un tribunal». Véase *National Minimum Wage: Report of the Low Pay Commission*, abril de 2003, pp. 14 y 22-23.

<sup>18</sup> El coeficiente Gini es una cifra entre cero y uno que mide el grado de desigualdad en la distribución de los ingresos en una sociedad determinada. El coeficiente registrará 0 desigualdad para una sociedad en la que cada miembro recibe exactamente los mismos ingresos y registrará un coeficiente de 1 si uno de sus miembros recibe todos los ingresos y el resto, nada. [*N. de la T.*]

de enseñanza todavía se encuentra muy por detrás de la de los países de la zona euro. Desde 1997, el salario de los profesores ha descendido un 9 por 100 para los hombres y un 11 por 100 para las mujeres, lo que ha llevado aparejado la rebaja de su categoría laboral. La respuesta del Nuevo Laborismo a la precariedad subsiguiente ha sido la contratación de «profesores ayudantes» todavía peor pagados y peor cualificados<sup>19</sup>. La sanidad ofrece un paisaje parecido. El gasto público está tan alejado de los niveles europeos que ni siquiera el empleo efectivo de las cantidades previstas, y ahora bajo amenaza, acercaría sensiblemente la provisión británica, que actualmente se encuentra en el 8,7 del PIB, a la media del 10,7 pronosticada para los países de Europa occidental. El tiempo medio de espera en los servicios de urgencias de los centros sanitarios es ahora más largo que cuando el Nuevo Laborismo llegó al poder. En el Reino Unido, hay un médico por cada 1.000 habitantes, mientras que en Estados Unidos este porcentaje es del 2,7; en Francia, de 3 y en Alemania, de 3,4. Los objetivos marcados por el Nuevo Laborismo en cuanto a la contratación de personal sanitario, incluso estando previstos para 2004, ni siquiera alcanzan la media de la UE en 1997. El programa de financiación privada para la creación de hospitales-fundación selectos lanzado por Blair parece encaminado a aumentar la desigualdad –mediante la mercantilización– dentro de un contexto de escasez global<sup>20</sup>.

### *El arte de gobernar del Nuevo Laborismo*

A pesar de lo anterior, sus políticas económicas y sociales no han causado tanto revuelo entre sus simpatizantes como lo hicieron sus propuestas constitucionales antes de 1997. Se tenía la esperanza de que las modestas medidas en oferta bastarían para catalizar una dinámica que, reforzada por la integración europea, podría suponer un desafío a las ficciones de la monarquía parlamentaria e, incluso, en las imaginaciones más audaces, a la propia monarquía. Una vez más, la «Revolución Blair» ha cumplido su promesa: reformas graduales. La transferencia de poder a la periferia –que afecta acerca del 13,5 por 100 de la población– se ha convertido en un hecho. El gobierno de Callaghan perdió el poder por incumplir su promesa de crear una asamblea regional en Edimburgo. Desde la época de John Smith, el Nuevo Laborismo juró que sería más astuto. Un cierto grado de representación proporcional ha permitido al Parlamento esco-

---

<sup>19</sup> *Statics of Education: Class Sizes and Pupil Teacher Ratios*, Dept. for Education and Skills, febrero de 2003, pp. 12 y 18. El nivel de alfabetización medido por el porcentaje de población que se encuentra en el grado segundo sobre cinco de una gradación de la capacidad de lectura y escritura.

<sup>20</sup> Julian LE GRAND, «The Labour Government and the National Health Service», *Oxford Review of Economic Policy* (2002); AUDIT COMMISSION, *Acute Hospital Portfolio*, Londres, 2001, p. 141. Para una poderosa crítica de los programas PPP y PFI del Nuevo Laborismo para el NHS [Servicio Nacional de Salud] e iniciativas similares, véanse Colin LEYS, *Market-Driven Politics*, Londres, 2001, pp. 177-202 y Alysson POLLOCK *et al.*, «Public Services and Private Sector», Catalyst Working Paper, 2001.

cés, establecido en 1999, representar un abanico de opinión ligeramente más amplio que el permitido en Westminster que incluye la presencia de unos cuantos socialistas y verdes. Sin embargo, sus limitados poderes y el peso del pacto entre los liberales y los demócratas liberales mantiene a Holyrood<sup>21</sup> supeditado a las políticas inglesas, siendo ésta una de las razones por las que en 2003 el nivel de abstención llegó a ser del 50 por 100, el índice más bajo registrado en Escocia desde 1852<sup>22</sup>. En Gales, donde los elevados niveles de desempleo tornan más amargas las quejas que ha despertado la construcción del nuevo edificio multimillonario de la Asamblea en Cardiff, el número de votantes del pasado año al menos bastó para arañar el 38 por 100 que dio a los laboristas una apretada mayoría. En Irlanda del Norte, Blair ha trabajado diligentemente por el éxito del proceso de paz iniciado por Estados Unidos y que comenzó bajo el mandato de Major logrando un éxito genuino, aunque limitado, en cuanto a la reducción de los asesinatos sectarios<sup>23</sup>.

Sin embargo, el proceso de democratización parcial en la periferia ha ido acompañada por un reforzamiento del poder sin precedentes en el centro, lo que supone un paso mucho más decisivo para el Estado del Reino Unido globalmente considerado. Thatcher pudo haber privado a las instituciones del *establishment* de gran parte de su carisma, pero se preocupó de dejarlas formalmente intactas. Para Blair, la suma del clientelismo y la fatuidad propias del *ancien régime* –aunque reducido a pastiche– a la soberanía parlamentaria libre de mecanismos de control también ha demostrado ser un caparazón perfecto para el arte de gobernar neoliberal<sup>24</sup>. Nadie se ha planteado nunca elegir –o siquiera nombrar– a los miembros de una Asamblea Constituyente. El discutible referéndum sobre la representación proporcional se abandonó a un indefinido barbecho una vez que se revelaron los resultados de las elecciones de 1997. La cámara alta, feudal, ha sido cínicamente refundida en una cálida arena para las personas nombradas oficialmente, es decir, para los talentos cazados por una firma financiera, Pricewaterhouse Coopers. Los espectáculos de masas protagonizados por la monarquía se han tomado –o se ha hecho que se conviertan en– como codiciadas oportunidades fotográficas para el primer ministro.

Entretanto, el gobierno de Blair ha institucionalizado una forma de concentración autoritaria del control dentro del propio Downing Street bastante novedosa para el sistema del Reino Unido. Los gobiernos de Thatcher siempre incluyeron un número considerable de figuras independientes, como Gilmour, Carrington, Heseltine, Lawson o Howe, cuyos enfrentamientos con

<sup>21</sup> El gran edificio en Edimburgo, propiedad de la familia real británica, donde se encuentra la sede del Parlamento. [N. de la T.]

<sup>22</sup> *The Guardian* (3 de mayo de 2003).

<sup>23</sup> Aunque la victoria más deslumbrante sobre el sectarismo, según uno de los participantes, se alcanzó el 15 de febrero de 2003, cuando decenas de miles de personas de ambas comunidades marcharon codo con codo, mientras las pancartas proclamaban «ULSTER DICE NO a la guerra».

<sup>24</sup> Véase Tom NAIRN, *Pariah*, Londres, 2002, *passim*.

ella salpicaron la década de los ochenta, mientras que los incorporados por Major fueron notoriamente díscolos. El genuino debate dentro del gabinete tocó a su fin, abruptamente, con el Nuevo Laborismo. Inmediatamente después de la victoria de 1997, Brown y Blair desestimaron sin contemplaciones la indicación que les hicieron altos cargos de la Administración de que el gabinete debería, al menos, ser informado de que a partir de ese momento los tipos de interés los fijaría el Banco de Inglaterra. Según se publicó en su momento, el primer ministro dijo: «Estarán de acuerdo»<sup>25</sup>. Blair se ha rodeado de un grupo de asesores privados inmensamente mayor que el de Major, por no hablar del sórdido séquito *new age* de la primera dama. La investigación de Hutton permitía captar algo de este enjambre de «asesores especiales», espíritus con garantía de docilidad y factótums entrenados en la prensa amarilla que transitan por Downing Street rebosando actividad para cumplir con la voluntad de su líder en cualquier turbia operación que salga al paso<sup>26</sup>. La atmósfera moral –con reminiscencias del Despacho Oval de Nixon– se ejemplificó con el arrebato nervioso-obsesivo que llevó a Blair, para no tener que exponerse él mismo, a imponer a un indigno subordinado que declarara públicamente: «T. B. dijo que él no quería llevar las cosas tan lejos»<sup>27</sup>.

### *Cuestión de dureza*

En el Ministerio del Interior, Blunkett ha sobrepasado a su draconiano predecesor conservador al dar su aprobación a la erosión del sistema penal y de la política en materia de inmigración, así como al traspaso de competencias del sistema judicial al poder ejecutivo en política penal. La inminente Ley de Justicia Penal [Criminal Justice Bill] no sólo limitará el derecho a un juicio por jurado y anulará la norma que prohíbe la doble incriminación, sino que, además, prevé el aumento de los obstáculos para la admisión de las pruebas que pueda aportar la defensa, expande los poderes de la policía para detener y registrar y amplía los supuestos en los que se permite la detención sin cargos.

---

<sup>25</sup> Andrew RAWNSLEY, *Servants of the People*, p. 33. En mayo de 2003 se consideró un nuevo merecedor de un reportaje en primera plana y de editoriales de aprobación el hecho de que, después de seis años de gobierno del Nuevo Laborismo, el gabinete fuera convocado para su primera discusión sobre si Gran Bretaña debía unirse al euro.

<sup>26</sup> En junio de 2001, este grupo ha sido reforzado por un contingente traído de la embajada británica en Moscú durante los últimos años de la Guerra Fría, incluido David Manning –fuertemente respaldado por Michael Levy, encargado de recoger fondos para Blair y enviado especial en Oriente Próximo– como asesor nacional de seguridad *de facto* y homólogo de Condoleezza Rice; Francis Richards en el GCHQ [Centro Gubernamental de Comunicaciones] y John Scarlett como cabeza de la Comisión Mixta de Inteligencia.

<sup>27</sup> Extraído del diario del director de comunicaciones de Blair, Alastair Campbell, de acuerdo con la información contenida en la investigación. Para un abultado alijo de los documentos de Downing Street donde se discutía la mejor manera de presentar informaciones vagas o insostenibles de los servicios de inteligencia sobre las armas de destrucción masiva iraquíes para defender la guerra, véase [www.the-hutton-inquiry.org.uk](http://www.the-hutton-inquiry.org.uk). El Informe Hutton sobre los acontecimientos que condujeron a la muerte del antiguo inspector de la UNSCOM, David Kelly, quien habló demasiado abiertamente sobre la manipulación del Número Diez [de Downing Street] de la afirmación de los «45 minutos», se publicará en enero de 2004.

Las leyes de Asilo e Inmigración del Nuevo Laborismo, aprobadas en 1999 y 2002, respectivamente, han instituido crueldades –el sistema de bonos<sup>28</sup>, la «dispersión»<sup>29</sup> o la prohibición total de trabajar– sobre las que incluso Howard ha manifestado su repulsa<sup>30</sup>. Las ideas personales de Blair sobre estas «cuestiones medulares», reveladas en notas privadas filtradas a *The Times* en julio de 2000, proporcionan un ejemplo ilustrado de la ambición, la vanidad y la hipertensión que se ocultan detrás de la máscara del abogado de la década de los ochenta (que incluso ha sido descrito por su padrino político, Roy Jenkins, como un hombre de mentalidad mediocre). En estos documentos, escritos de su puño y letra, el primer ministro se explaya sobre la necesidad de sumar

«a tu favor» gravedad a las cuestiones y de alzarse a favor de Gran Bretaña [...]. Necesitamos diseñar minuciosamente una estrategia que sirva para recuperar la iniciativa en este campo [...]. Esto debería hacerse pronto y yo debería implicarme personalmente.

El asilo y la delincuencia. Puede parecer que estas cuestiones no están relacionadas con el patriotismo, pero lo están: en parte, porque es una cuestión de dureza y, en parte, porque penetran profundamente los instintos británicos.

Sobre la delincuencia tenemos que hacer hincapié en medidas drásticas como la realización de análisis obligatorios para detectar el consumo de drogas antes de conceder la libertad bajo fianza, recabar un informe de la PIU [Performance and Innovation Unit/Unidad de Innovación y Rendimiento] sobre la confiscación de activos, y la obtención de un número adicional de ladrones encarcelados bajo la regla «tres golpes y te vas». Respecto al asilo, tenemos que incidir en destacar las restricciones<sup>31</sup>.

### *El partido de la guerra*

La línea fundamental de la política diplomática del Nuevo Laborismo ha sido la continuación del modelo seguido por el Reino Unido desde el con-

<sup>28</sup> Previamente a esta ley, los demandantes de asilo que reunían los criterios de necesidad económica podían solicitar un subsidio. El sistema de bonos sustituye esta asignación por unos bonos que sólo pueden ser canjeados por alimentos en tiendas destinadas al efecto. [*N. de la T.*]

<sup>29</sup> Además de prohibir el acceso a los servicios sociales a los demandantes a los que no se les conceda el asilo y de contemplar, entre otras medidas, la privación de la custodia de sus hijos, se ha previsto su dispersión por todo el país en centros de retención. [*N. de la T.*]

<sup>30</sup> Para un excelente análisis, véase John UPTON, «Feasting on Power», *London Review of Books* (10 de julio de 2003). El Nuevo Laborismo también ha superado a los conservadores en su apoyo a las tendencias locales reaccionarias hindúes y musulmanas en materia educativa. La mezcla de piedad multicultural y de crueldad neoimperial fue memorablemente sintetizada por un asistente de Blair en diciembre de 1998: «Íbamos a tener verdaderas dificultades para bombardear lo suficiente en el periodo anterior a Ramadán», J. Kampfner, *Blair's Wars*, cit., p. 31.

<sup>31</sup> «Touchstone Issues»: memorando de «TB» [Tony Blair] de diciembre de 1999 y abril de 2000, *The Times* (16 y 27 de julio de 2000). La superficialidad de la persona de Blair se expuso de modo palmario en el pánico que se despertó en julio de 2003 entre sus asesores clave –en este caso, Alastair Campbell, Sally Morgan y Jonathan Powell–, que le juzgaban incapaz de gestionar la gira de promoción empresarial del Extremo Oriente por sí solo, cuando el primer ministro se quedó desamparado sin su séquito al publicarse las noticias de la muerte de Kelly.

flicto del canal de Suez basado en la idea de que, si bien Gran Bretaña había dejado de ser una potencia, todavía podía ser «influyente» en Washington y de que el modo más efectivo para lograrlo era comportarse como intermediario entre Europa y Estados Unidos. Pero el contexto global abierto tras la Guerra Fría ha tomado un nuevo rumbo, porque Estados Unidos ha aumentado sus exigencias. Bajo el gobierno del Nuevo Laborismo, Londres se ha comprometido tanto en la lucha por la desregulación financiera en todo el territorio de la Unión Europea como en mantener el apoyo militar y político de Europa a Estados Unidos, una vez que la amenaza soviética ha desaparecido. Los vínculos orgánicos entre la política doméstica y la exterior han sido suficientemente diáfanos. Si el mercado único era el único juego que ofrecía la ciudad, según el vago lenguaje importado de Las Vegas que utilizan los teóricos de la Tercera Vía, entonces Estados Unidos era el único maestro de ceremonias. Los intereses de la City y de las multinacionales tenían razones más que suficientes para apoyar a una superpotencia que blandía un gran bastón, siempre y cuando se utilizara para reforzar, por todo el planeta, la libertad sin trabas del capital financiero y la mercantilización de los activos públicos.

Históricamente, los líderes del Laborismo han dado muestras de un servilismo más entusiasta ante Washington que los conservadores, más influidos que aquéllos por los ideales de la nación y del imperio. Attlee no dudó en dividir a su gabinete y en sisar fondos del NHS [Servicio Nacional de Salud] para rearmar al país ante la guerra de Corea, después de que su embajador le informara de que los estadounidenses «valorarán la calidad de su socio por nuestra actitud respecto a la idea de unas fuerzas terrestres simbólicas»<sup>32</sup>. Por el contrario, Eden desobedeció a la Casa Blanca en Suez. Y Wilson aplaudió la guerra de Vietnam (aunque se resistió a las fuerzas simbólicas) mientras que Heath fue el único de los primeros ministros de posguerra que nunca visitó Washington y que rechazó las demandas estadounidenses para utilizar las bases británicas durante la guerra de Yom Kippur. Incluso Thatcher, una atlántica incondicional, expresó su cólera por la invasión de Granada. Major y Hurd eran abiertamente escépticos acerca de la política estadounidense en Yugoslavia a mediados de la década de los noventa; París fue mucho más cercano a Washington que Londres sobre este tema. No obstante, el juramento de fidelidad de Blair a Clinton —«Adonde tú vayas, yo te seguiré»— ha dado al vasallaje del Laborismo un nuevo giro.

Con Clinton, la doctrina de la seguridad nacional ya había evolucionado hacia la «dramática escalada del uso de la fuerza militar para aplacar los “conflictos domésticos” de otros países» como un medio para remodelar el orden internacional que se había heredado<sup>33</sup>. Por utilizar la famosa expresión de Albright: «¿Qué sentido tiene poseer la mayor fuerza militar

<sup>32</sup> Alex DANICHEV, *Oliver Franks, Founding Father*, Oxford, 1993, p. 126.

<sup>33</sup> Véase *Changing Our Ways: America's Role in the New World*, Carnegie Foundation, 1992.

del mundo si no se utiliza<sup>34</sup>. El blanco escogido en Oriente Próximo fue Iraq, un país que ya había sido abrumadoramente dividido, sancionado y sometido a los sobrevuelos intimidatorios de la fuerza aérea estadounidense. Clinton sentenció el cambio de régimen en 1998 proporcionando, de este modo, al Nuevo Laborismo su primera oportunidad para demostrar su lealtad. Entre la llegada de la Operación Zorro del Desierto, en diciembre de 1998, y el verano de 2000, las fuerzas armadas estadounidenses y las fuerzas aéreas británicas arrojaron sobre Iraq, aproximadamente, 400 toneladas de artillería, y tan sólo en los primeros ocho meses se dispararon más de 1.100 misiles. Según el secretario de Defensa, Geoff Hoon, el Reino Unido fue responsable de cerca de una quinta parte de estos ataques<sup>34</sup>. El bombardeo de Iraq continuó hasta el último acto del desmembramiento de Yugoslavia.

En esta ocasión, el Nuevo Laborismo volvió a demostrar que era más agresivo que sus predecesores conservadores e hizo gala de una indiferencia mayor hacia el derecho internacional. El bombardeo aéreo de la OTAN sobre Yugoslavia durante 78 días constituyó una clara infracción de la doctrina de la soberanía nacional llevada a cabo con todo descaro sin el consentimiento del Consejo de Seguridad de la ONU. La presión ejercida por Blair para que además de los ataques aéreos se enviaran fuerzas terrestres hizo que se revelara más halcón que la propia Casa Blanca. Downing Street destinó a sus mejores cerebros de las relaciones públicas a la sede central de la OTAN en Bruselas, donde Campbell y Hoon no se quedaron atrás de Bernard Kouchner para elevar los «genocidios» a «holocaustos». Los consejeros de Blair creían que la ventaja particular de éste sobre el resto de los líderes mundiales de segunda categoría residía en su capacidad para tranquilizar a los estadounidenses acerca de la nobleza de su misión imperial. Así pues, en su discurso a los banqueros de Chicago con ocasión del decimoquinto aniversario de la OTAN, Blair justificó los ataques militares preventivos y la ocupación de territorios a largo plazo por las fuerzas comandadas por Estados Unidos para asegurar a la audiencia que tales acciones, bajo esta recién acuñada «doctrina de la comunidad internacional», podía estar guiada por «una armonización más sutil de sus propios intereses y de la finalidad moral de los mismos»<sup>35</sup>.

Es posible que la transición de Clinton a Bush haya requerido cierto ejercicio de adaptación psicológica en Downing Street—donde en octubre de 2000 el grupo de asesores se había vanagloriado de que el equipo de Gore les estaba mostrando cómo ganar las próximas elecciones—, pero la misma no ha precisado de cambios en la política diplomática. La premisa estratégica de Londres todavía era la de influir en la Casa Blanca. Después del 11 de Septiembre, Blair volvió a poner a punto todos sus recursos retóricos

---

<sup>34</sup> *Hansard*, 24 de mayo de 2000; *New York Times*, 13 de agosto de 1999; véase también Tariq Ali, «Estrangular al pueblo de Iraq», *NLR* 6 (enero-febrero, 2000).

<sup>35</sup> «Doctrine of the International Community», discurso dirigido al Club Económico, Chicago, 23 de septiembre de 2002.

para apoyar la guerra contra el terrorismo. Cuando se desplegó la Operación Libertad Duradera en Afganistán, Gran Bretaña fue el edecán más cercano a Estados Unidos. En la primavera de 2002, Brown ya había reservado una provisión para la guerra de 3.000 millones de libras consignados para organizar una poderosa fuerza de invasión británica integrada por 40.000 soldados destinada a la conquista de Iraq.

La producción de armas inteligentes había comenzado incluso antes, cuando el Reino Unido, colocándose una vez más en la primera línea del frente, hizo circular «pruebas» de armas de destrucción masiva aplicando unos criterios cada vez menos exigentes. Según los especialistas de la OIEA, los faxes falsos supuestamente enviados por oficiales del gobierno de Nigeria en los que se detallaba la venta de uranio natural concentrado a Iraq constituían pruebas «deplorablemente malas»<sup>36</sup>. En septiembre de 2002, con motivo de la presentación de su informe «Las armas de destrucción masiva de Iraq» ante la Cámara de los Comunes, Blair declaró: «El programa de Armas de Destrucción Masiva está preparado y operativo [...]. [Sadam Husein] dispone efectivamente de planes militares destinados a la utilización de armas químicas y biológicas, que podrían activarse en 45 minutos»<sup>37</sup>. Es públicamente conocido que el segundo informe elaborado por el gobierno y recomendado por Colin Powell a la ONU en febrero de 2003 —«Llamaré la atención de mis colegas sobre el excelente informe que el Reino Unido distribuyó ayer, donde se describen con exquisito detalle las actividades fraudulentas de Iraq», había dicho— incluía como es sabido material descargado de internet y reciclaba pruebas recogidas hace doce años sin citar en ningún momento la fecha de las mismas.

No cabe duda de que tanto la invención de Blair de un *casus belli* como el hecho de haber falsificado informes sobre armas de destrucción masiva habrían caído en el olvido si la única respuesta ante la invasión de Iraq hubiera sido una resignada pasividad. Sin embargo, a partir de mayo de 2003, la fuerte resistencia local en contra de la ocupación ha motivado que el Reino Unido tenga que dar cuentas de su actuación, aunque, como es habitual, en un marco descontextualizado de la realidad política. Los medios de comunicación británicos apenas han incidido en la responsabilidad del gobierno de Blair por el número incalculable de personas iraquíes asesinadas o heridas a causa de los duros bombardeos que precedieron, y que continuaron produciéndose, a la invasión del territorio; por aquellas personas a las que se ha disparado mientras se llevaban a cabo controles de carretera, en manifestaciones o en sus domicilios; por los miles de prisioneros a los que sin haber sido procesados se ha detenido, encapuchado y esposado al estilo israelí; por las tiendas y las casas que como en Yenin han sido demolidas en acciones de represalia; o por el infierno de descomposición social y de destrucción de la infraestructura material del país que ha acompañado a la ocupación angloestadounidense. En su lugar, la atención del Reino Unido se ha concentrado, casi en exclusiva,

---

<sup>36</sup> Seymour Hersh, *Prospect* (junio de 2003).

en el aparente suicidio de un especialista en armas tóxicas británico que trabajaba para la UNSCOM, mediante un debate íntegramente colonizado, bajo los auspicios de Rolf Ekeus, por la CIA y por el M16. La investigación de Hutton, por muy reveladora que haya sido, también ha servido para mantener las cabezas ocupadas con las puñaladas traperas internas, de forma que se pueda pedir responsabilidades sin cuestionar la continuación de la ocupación neoimperialista de Mesopotamia y el papel desempeñado por Gran Bretaña en esta zona. Esas cuestiones se deja que se decidan en Washington.

### *Disputas en Europa*

Parte del atractivo que, en un principio, tuvo el Nuevo Laborismo para los círculos liberales descansaba en su promesa de «situar a Gran Bretaña en el corazón de Europa», rompiendo con la xenofobia y el chovinismo característicos de los *tories* para propiciar una implicación más positiva del país en el continente. Éste es el único elemento de su catálogo de promesas original que ha sido ampliamente desatendido. Para gran satisfacción de Murdoch y de amplios sectores de la City, el Reino Unido permanece fuera de la zona euro. No se avista ningún referéndum sobre la moneda única. Las normas de Schengen no se aplican. Brown ha conducido una dura batalla para introducir las panaceas del libre mercado dentro de las disposiciones del anteproyecto de la Constitución Europea, y las demandas antifederalistas del Reino Unido ya están inscritas en los mecanismos de toma de decisión. La ampliación de la Unión Europea hacia el este, fuertemente respaldada por Washington, ha vaticinado desde el principio la incapacitación fatal para toda afirmación unificada de poder por parte de Europa. Con la ayuda de Londres, Estados Unidos ha conseguido dividir a la Nueva y a la Vieja Europa sobre Iraq, truncando de este modo el proyecto europeo. Bajo la batuta de Blair y de Brown, las relaciones de Gran Bretaña con Francia y Alemania han alcanzado un nivel de tensión que no se conocía desde la Segunda Guerra Mundial

Así pues, todo parece indicar que una vez que Iraq ha sido doblegado, al menos por el momento, Londres se apresura a restablecer sus relaciones con París y con Berlín y estas capitales con la Casa Blanca<sup>37</sup>. Chirac y Schroder no dejan escapar ninguna oportunidad para manifestar lo mucho que sus respectivas fuerzas armadas están contribuyendo a las operaciones de la OTAN en los Balcanes y en Afganistán. Blair ha llegado a atreverse a apoyar la creación de unas verdaderas Fuerzas Armadas Europeas. Las palpitaciones cardiacas que le mantuvieron brevemente hospitalizado en octubre de 2003 se produjeron inmediatamente después de que Washington hubiera dado un puñetazo en la mesa para señalar la necesidad de la dirección de la OTAN sobre cualquier fuerza de ese tipo.

---

<sup>37</sup> *Hansard* (24 de septiembre de 2002).

<sup>38</sup> Véase, Tariq Ali, «La pretensión imperial de recolonizar Iraq», *NLR* 20 (mayo-junio 2003), p. 17.

## *El culto a Blair y sus acólitos*

Durante la década de los ochenta, la naturaleza y el alcance de la hegemonía de Thatcher fueron objeto de un apasionado debate, pero siempre estuvo claro que la mayor parte de la intelectualidad —escritores, académicos, los círculos artísticos y los programadores televisivos del Canal 4 y de la BBC2— era férreamente hostil a su gobierno. Aunque contaba con el poderoso apoyo de los grandes grupos mediáticos propiedad de Murdoch, de Black y del *Mail*, el régimen conservador siempre contó con la oposición de *The Guardian*, *The Observer* y *The Mirror* y con la aprobación, sólo limitada, de *The Financial Times*. *The Independent* y la *London Review of Books*, ambas publicaciones lanzadas en la década de los ochenta, eran antagonistas. Sin embargo, estos sectores liberales tenuemente socialdemócratas no se articularon en torno a un polo de atracción política<sup>39</sup>. La «independencia», aunque era sinónimo de aislamiento, era una declaración de virtud.

Por el contrario, Blair ha disfrutado del apoyo de prácticamente todo el *lobby* mediático<sup>40</sup>. La bendición del imperio de Murdoch —a quien el Nuevo Laborismo cortejaba con promesas de concesiones televisivas— y la de la prensa financiera son bastante lógicas. *The Economist* ha explicado con especial claridad por qué Blair es el «mejor primer ministro conservador» que aquéllos hubieran podido desear. Los halagos que ha recibido por parte de antiguos antithatcheristas, mientras se implementa un programa doméstico prácticamente idéntico al que aborrecían bajo el gobierno de aquélla y otro mucho más sangriento en el extranjero, es un fenómeno cautivador. En un mercado saturado, unos titulares críticos en las primeras páginas siempre venderán más periódicos. Pero durante los últimos siete años, en el interior de los mismos, toda una caterva de creadores de opinión de centro-izquierda se ha afanado por articular un sentido común de corte blairista que es capaz, en algunas ocasiones, de manejar en la misma columna la pomposidad de la *high-church*<sup>41</sup> y una sórdida empatía en sus intentos de cuadrar las expectativas normales que anidan en la conciencia de la izquierda liberal con una agenda política que sistemáticamente las cancela, saturando la semioesfera política con una niebla de apología.

Ningún primer ministro de posguerra ha sido jamás acogido con los elogios que recibió Blair después de las elecciones de mayo de 1997. Hugo Young dijo a los lectores de *The Guardian* que «[sus] principios y sus objetivos son fruto de una combinación de idealismo y de realismo que

---

<sup>39</sup> Al menos, la mayoría era cercana en la perspectiva pro europea, contraria a la unión del SDP, que se escindió de la derecha del Laborismo a principios de la década de los ochenta y terminó aliándose con los demócratas liberales.

<sup>40</sup> En las elecciones de 2001 esto incluía toda la cuadra de Murdoch: *The Times*, *The Sun* y sus ediciones dominicales; *The Economist* y *The Financial Times* (que había cambiado de onda cautelosamente ya en 1992); *The Independent*, *The Guardian*, *Express* y *The Mirror*. *The Daily Mail* guardó silencio. Únicamente *The Daily Telegraph* apoyaba a los conservadores.

<sup>41</sup> El sector de la Iglesia anglicana de tendencia más conservadora. [*N. de la T.*]

le hacen merecedor de la confianza que el país ha depositado masivamente en él», y que Blair tenía «la visión más personal, y la defendía con la valentía más tenaz que haya mostrado ningún líder moderno». Polly Toynbee describió en *The Independent* a una ciudadanía «anonadada» por los discursos de Blair en la televisión: «Hombres y mujeres dijeron que se les habían saltado las lágrimas. Creían en su humildad, en su emoción y en su pasión radical». Euan Ferguson opinó en *The Observer* que Blair «había logrado una victoria pasmosa, apocalíptica», y que era «el único hombre con el valor, la intuición y la determinación necesarios para acabar con el gobierno más falso y corrupto de este siglo [...]. No se le puede atribuir un comportamiento cínico y no es un hombre amante de las frases lapidarias para darse importancia. ¿Una Nueva Gran Bretaña? ¿Justicia en lugar de favores? Éstas son sus propias palabras, sus propias ideas»<sup>42</sup>.

El culto a Blair, en cuyos salmos no dejan de escucharse expresiones como «política madura» y «Gran Bretaña satisfecha consigo misma», supone una novedad en la intelectualidad liberal de Londres que tradicionalmente se enorgullecía de cierta parquedad y distanciamiento en su tono. Desde un principio la corrupción, por la que tan severamente se había criticado a los ministros de Major, dejó de ser una preocupación. La inquietud que se levantó a raíz de que se hubiera retirado la prohibición de hacer publicidad de tabaco en la competición automovilística de fórmula 1 después de que el presidente de la competición, Bernie Ecclestone, hubiera donado un millón de libras al Nuevo Laborismo –algo sobre lo que Brown y Blair mintieron en la prensa– se apaciguó desde el instante en el que Blair declaró en televisión que él era «uno de esos tipos bastante de fiar». El préstamo de seis cifras que recibió Peter Mandelson de la cuenta que tenía en un paraíso fiscal del hombre que estaba a punto de ser nombrado director general del Tesoro se patentizó en el comentario de Hugo Young: «Si la perfección moral es la norma, pronto no quedarán líderes». Francis Wheen encontraba «difícil ver cuál era la ofensa excepcionalmente vil cometida por Mendelson» al interferir en el Ministerio del Interior británico para acelerar la concesión de un pasaporte británico a Srichand Hinduja, quien, a pesar de estar buscado por la policía acusado de corrupción por el negocio de armas de Bofors en India, había donado tres millones de libras para la Zona de la Fe de la Cúpula del Milenio. La pregunta que asaltó a Polly Toynbee cuando se supo que Cherie Blair se había saltado las reglas ministeriales sobre inversión había utilizado papel con el membrete de Downing Street para garantizar un negocio patrimonial y había presionado al Ministerio de Interior para evitar la deportación del amante de su gurú de imagen personal fue «¿quién vive sin economizar de vez en cuando la verdad?»<sup>43</sup>.

---

<sup>42</sup> H. YOUNG, *The Guardian* (2 de mayo de 1997); P. TOYNBEE, *The Independent* (3 de mayo de 1997); E. FERGUSON, *The Observer* (4 de mayo de 1997). *The Financial Times* se limitó a un murmullo en su editorial sobre la apreciación de las acciones y de los valores seguros británicos al hilo de su comentario sobre los resultados de las elecciones.

<sup>43</sup> Véanse, respectivamente, *On the Record*, BBC1, 16 de noviembre de 1997, *The Guardian* (29 de diciembre de 1998) y *The Guardian* (30 y 31 de enero de 2001).

## Encantamiento

El fervor del culto a Blair se intensificó con el redoble de la guerra. Andrew Rawnsley sermonó en *The Observer* que en Kosovo «fue a un cristiano británico a quien los albaneses musulmanes agradecieron su salvación». Mientras que en Afganistán: «Las últimas semanas le han brindado la oportunidad de exhibir muchas de sus mejores cualidades como hombre y como líder. No cabe duda de que ha estado a la altura del desafío de modo realmente magnífico». *The Economist* estuvo de acuerdo: «Es serio, no es grandilocuente. A menudo se conmueve sinceramente. Esta fluidez afectiva es un regalo maravilloso en la política, especialmente en tiempos de guerra»<sup>44</sup>. Mientras granizaban bombas de racimo y bombas cortamargaritas sobre los pueblos afganos, Young escribió: «La imperturbable lealtad de Blair hacia Washington está justificada». Para David Marquand, su conducta fue «impecable» y había mostrado que «un primer ministro británico con la combinación adecuada de valentía, desenvoltura y habilidades retóricas podría jugar un significativo papel internacional y geopolítico en el exterior». En este caso, ni la extensión de las bases militares estadounidenses a través de Asia Central ni la indiferencia campante hacia la ONU hicieron aflorar ningún escrúpulo.

La inminencia de una invasión angloestadounidense a gran escala de Iraq fue lo único que hizo que los seguidores liberales de Blair comenzasen a ofrecer resistencia. Muchos redescubrieron su admiración por el régimen de sanciones y bombardeos de la Operación Zorro del Desierto a medida que la cuenta atrás para el inicio de la guerra tocaba a su fin y que las manifestaciones por la paz tomaban las calles de Europa y de Estados Unidos. No obstante, Toynbee pudo declarar en *The Guardian*, después de haber lamentado su alianza con el indecoroso Bush, que la presentación de Blair del retocado informe sobre las armas de destrucción masiva ante la Cámara de los Comunes en septiembre de 2002 había sido «una actuación excelente, cautivadora por su solemne serenidad, en la que los argumentos habían sido razonados uno por uno». La mayoría de los analistas liberales, cuanto menos convencidos se mostraban por el alegato de Blair, más aduladores se volvían. La opinión expresada en el editorial de *The Guardian* el 19 de mayo de 2003 era la siguiente: «Un discurso apasionado e impresionante que puede dar a las futuras generaciones un indicio del modo en el que Tony Blair ha conseguido conservar el respeto y el apoyo de muchos de los miembros de su propio partido a pesar de que se oponían a su política», y el 14 de abril se añadía que Blair «de un modo del que Bush nunca sería capaz, ha imprimido un tono más juicioso a la conducción de la guerra».

En la *London Review of Books*, los críticos a su política en Iraq todavía podían encontrar en Blair «al político más competente de su generación»,

---

<sup>44</sup> A. RAWNSLEY, *Servants of the People*, p. 291; A. RAWNSLEY, *The Observer* (7 de octubre de 2001) y *The Economist* (20 de septiembre de 2001). *The Daily Telegraph* aplaudió «La hora más atinada de Blair».

«comprometido de modo excepcional y sincero con el derecho internacional». Además, era «el hombre de Estado democrático por excelencia», dotado de una afabilidad «muy atractiva», que ha hecho «lo correcto» en Yugoslavia y ha mostrado una «verdadera entrega» en Iraq, «actuando satisfactoriamente» en una causa «plausible», si bien su último recurso no estuviera bien concebido: «*Au fond* algo bueno»<sup>45</sup>. Incluso *The Independent*, el periódico de gran formato más crítico con diferencia sobre la cuestión de Iraq, dio un giro en vísperas de la invasión: «En los últimos días, Blair ha demostrado, una vez más, ser el político más formidable del país y el líder nacional más adecuado para estos tiempos tan sumamente inciertos». Hugo Young, en su lecho de muerte, después de haber reprochado severamente al líder que adoraba por su error en Iraq —llegando a decir que le había llegado «la hora de ceder su lugar a Brown»—, todavía veía al subcontratista de Basora envuelto en una aureola de grandeza:

Tony Blair tenía ese potencial. Era un líder fuerte, un visionario con un estilo propio, una figura que sobrepasa a todos los que le rodean. La fuerza de su retórica es insuperable, al igual que la disposición de la gente para escucharle. Tenía su confianza. Devolvió la credibilidad al arte de la política<sup>46</sup>.

### *Perspectivas*

En estos momentos, Blair encara más de un *mauvais quart d'heure* [«mal trago»], pero sería un enorme error de cálculo por su parte, o le acarrearía problemas de salud más serios, no sobrevivir a los mismos. A pesar de que la supervisión del primer ministro de las decisiones que llevaron a la muerte de Kelly está perfectamente clara, la cuidadosa actuación del magistrado presidente del tribunal que él mismo había escogido, evitó que fuera sometido a una indagación exhaustiva en el proceso del Informe Hutton. No es probable que el resultado de esta investigación, que ha debido concluirse en enero de 2004, cause un daño terminal a Blair, aunque pueda dar alguna alegría a la facción de Brown. El sistema judicial británico no es famoso por hacer zozobrar el barco de la política. Tampoco hay muchas probabilidades de que se suscite el descontento entre los diputados laboristas en torno al último acto de obediencia hacia el mercado del ejecutivo, que supone la introducción de tasas diferenciales en la educación universitaria. Un partido incapaz de detener la zambullida de su líder en la guerra sería quijotesco que le despidiera por hacer que un campus sea más caro que otro. Después de haberse tragado sapos tan grandes, ¿por qué los diputados laboristas deberían atragantarse con éste? En cualquier caso, la eventual salida de Blair no supone el final del Nuevo Laborismo. Brown, su indudable sucesor, está en muchos sentidos

---

<sup>45</sup> Véanse, respectivamente, CONOR GEARTY, «Blair's Folly», 20 de febrero de 2003; ROSS MCKIBBIN, «Why Did He Risk It?», 3 de abril de 2003; JOHN LANCHESTER, «Unbelievable Blair», 10 de julio de 2003. Para un enfoque más severo, véase «Short Cuts», de JOHN STURROCK, consejero editorial del periódico, 19 de junio de 2003.

más profundamente educado en la ideología estadounidense que Blair y es más abiertamente pro atlántico. Si sus manos están menos empapadas en sangre se debe, únicamente, a que ha estado muy ocupado con las cuentas. Una nueva inyección de poder bajo un lavado de cara es sumamente posible. La responsabilidad por los excesos cometidos tanto dentro como fuera del país puede ser convenientemente barrida debajo de la alfombra con un seudocambio de régimen.

Los conservadores, reunidos alrededor de Howard, han recuperado parte de los espíritus animales que un partido político necesita para actuar, pero parten de una base electoral abismalmente baja. Además, se enfrentan a una lucha despiadada contra la creciente desigualdad que acusa el sistema de representación electoral. Tanto el trasvase de población desde Escocia y desde el norte hacia el sur de Inglaterra como la suburbanización de las zonas rurales han hinchado el número de votantes bajo el abrigo de los escaños que los conservadores ya tienen a buen recaudo y, al mismo tiempo, el proceso de desindustrialización ha drenado las antiguas regiones laboristas. Aunque hubieran ganado la misma porción del voto que los laboristas cosecharon en 2001, bajo el sistema *first-past-the-post*, la distribución del electorado conservador les habría dejado con 140 escaños menos que aquéllos. Para ganar una mayoría absoluta (la mitad más uno) en el Parlamento, los *tories* tendrían que alcanzar una ventaja del 11,5 por 100 de los votos, mientras que los laboristas podrían estar por detrás en un 3,7 por 100 de los votos y, aun así, retener el control en la Cámara de los Comunes. Necesariamente se van a producir cambios en las circunscripciones, pero todavía les quedan algunos años de ir por detrás de las corrientes demográficas<sup>47</sup>. La suerte todavía está abrumadoramente en contra de cualquier rápido regreso de los *tories*.

### *Cotejos noratlánticos*

¿Qué opinión se merece, entonces, el nuevo Laborismo desde una perspectiva comparada? Resulta bastante obvio que el neolaborismo es una variante del neoliberalismo. Pero la revolución neoliberal ha tomado dos rutas políticas diferentes durante los últimos veinte años. La vía rápida, seguida por los precursores, implicaba una guerra total contra el movimiento obrero organizado y se ejemplifica (en orden cronológico) con los regímenes de Pinochet, de Thatcher y de Reagan. En la URSS y en Europa

<sup>46</sup> *The Guardian* (16 de septiembre de 2003). Una sorprendente excepción fue Andreas Whitam en *The Independent*: «Iraq es la guerra de Tony Blair. Ahora debería realizar el honoroso acto de dimitir», 29 de septiembre de 2003.

<sup>47</sup> D. BUTLER y D. KAVANAGH, *British General Election 2001*, p. 332. Los conservadores también encaran un problema de identidad política. La insinuación que flotaba antes de que Howard asumiera el liderazgo, de que Clarke podría conducir un grupo de diputados conservadores proeuropeos y contrarios a la guerra de Iraq hacia los demócratas liberales, habría creado una formación claramente a la izquierda del Nuevo Laborismo, aunque todavía dentro del ámbito de la política neoliberal.

del Este, el colapso del comunismo permitió una versión local de este camino pero, en este caso, la desmoralización social era de tal magnitud que no hubo mucha resistencia que aplastar. Por el contrario, la vía lenta que tomaron probablemente la mayoría de las democracias capitalistas consistía en institucionalizar la mercantilización, casi con sigilo, manteniendo los choques con la fuerza de trabajo todo lo limitados, sectoriales y desideologizados que fuera posible, pero consolidando paulatinamente una amplia capa social interesada, e implicada, en extender los derechos de la propiedad privada y reducir los mecanismos de protección social. Éste ha sido el camino adoptado en la mayor parte de Europa occidental, en los países más importantes de América Latina –en Argentina bajo Menem y en Brasil bajo Cardoso– y en India, primero bajo el Partido del Congreso y ahora bajo el BJP [Partido del Pueblo Indio].

Con el tiempo, también han emergido combinaciones de ambas. En este sentido, Francia ofrece un ejemplo ilustrador: Juppé intentó la vía rápida a mediados de la década de los noventa y fue derrotado por una férrea resistencia popular; Jospin tomó la vía lenta y llevó a cabo un programa de privatización progresiva discreto, pero firme; posteriormente, Raffarin descubrió que existía una base social más amplia que apoyaría la reforma de las pensiones, así como otros cambios, frente a la oposición de los sindicatos. Este tipo de secuencias, que son cada vez más comunes, indica que desde el final de la Guerra Fría se ha producido una transformación general de la esfera política. Durante la última década los antiguos solapamientos entre las políticas conservadoras y liberales, o de los partidos democristianos y socialdemócratas –siempre compatibles con diferencias ideológicas y políticas bastante marcadas entre ellos–, han tendido a fusionarse en un programa cualitativamente más homogéneo. Los contrastes tradicionales cada vez son más inusuales y las oportunidades –o constricciones– coyunturales pesan más a la hora de determinar cuál de los miembros de la pareja llevará más lejos la bandera del liberalismo.

Por supuesto, ambos frentes todavía mantienen paletas culturales diferenciadas que les permiten tanto cautivar a distintos núcleos del electorado como atraer a los segmentos no afiliados de la población. De modo característico, el equilibrio de fuerzas entre ellos se verá determinado por el punto que haya alcanzado la sociedad en cuestión a lo largo del espectro neoliberal. Bajo esta luz, el Nuevo Laborismo británico ocupa una posición peculiar que explica buena parte de su éxito. En los países situados al norte de Europa –Escandinavia, Alemania, Austria, Países Bajos– los movimientos sindicales no han sido derrotados en enfrentamientos frontales y sobreviven como instituciones de gran importancia, aunque cada vez sean más pasivas. Ésta es una de las razones por las que muchas de las prestaciones instauradas por el Estado del bienestar en estos países durante las décadas posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial todavía deban ser seriamente desmanteladas. Tanto los partidos socialdemócratas como sus rivales democristianos o liberales han podido, únicamente, ir haciendo recortes en torno a sus pilares, aunque la dirección hacia el cambio es

inconfundible. En este aspecto, los holandeses han hecho más progresos siguiendo la vía lenta que ninguno de sus vecinos.

La situación que atraviesa Alemania, donde el SPD está encabezando un decidido ataque contra los sistemas tradicionales de protección social del mercado de trabajo y de las pensiones, sugiere que la región puede estar entrando en una nueva fase. A pesar de que los empresarios han acogido positivamente la agenda de Schroeder para 2010 y de que la mejora de sus relaciones con los líderes de los trabajadores puede brindarle una ventaja a corto plazo para llevar a buen término las transformaciones programadas, el capital no tiene ninguna preferencia particular por los partidos socialdemócratas, ni en Alemania ni en ningún otro lugar de Europa noroccidental. Claramente, sus bases sindicales continúan siendo menos tranquilizadoras que sus líderes parlamentarios. Además, pese a las buenas intenciones de sus elites, estos partidos tampoco han experimentado una transformación ideológica que les haya convertido en grupos explícitamente pro capitalistas, en la línea del modelo anglosajón. Todavía no pueden ofrecerse como los instrumentos más eficaces para promover el avance del neoliberalismo. Las alternativas de centro-derecha, de las que el actual régimen danés es el ejemplo más logrado, siguen siendo a menudo una opción preferible. Por ejemplo, en Alemania los sondeos de opinión apuntan como opción favorita a la Democracia Cristiana, a quien ya se le birló la victoria en 2002.

En Estados Unidos reina la situación contraria. En este país, la debilidad que acusan las organizaciones de los trabajadores, la asimilación y devastación que atraviesa el movimiento de liberación negro, así como las organizaciones de otros grupos de oprimidos, y la indefensión que padecen las personas pobres han hecho que el campo ideológico, compartido por demócratas y republicanos, esté muy a la derecha del escenario europeo. Desde una perspectiva internacional, el gobierno de Clinton prestó un excelente servicio al avance de la causa neoliberal. Acometió un ataque contra el sistema de protección social y una desregulación de los mercados financieros que los gobiernos de derechas del Viejo Mundo sólo pueden envidiar, por no mencionar las punteras innovaciones introducidas en la política neoimperial en el extranjero. No obstante, en la esfera doméstica, Clinton se limitó a desbrozar el camino que habría de atravesar el «conservadurismo piadoso» de Bush. Después de haber sometido a los partidos demócratas y a las organizaciones de trabajadores a una purga todavía más escrupulosa de los restos del New Deal, no había razón para que el capital estadounidense se contentara con terceras vías. El resultado es una Administración republicana comprometida con un programa confeccionado a la medida de los intereses de las corporaciones y de los ricos, desconocida desde los días de McKinley.

### *La síntesis británica*

En Gran Bretaña había habido un movimiento sindical fuerte, aunque de carácter defensivo, con una cultura obrerista relativamente cohesionada. La

ruptura de la resistencia que pudiera oponer este movimiento al filo incisivo del neoliberalismo noratlántico propiciado por Thatcher le permitió llevar a cabo un recorte del gasto social e introducir transformaciones en los mercados de trabajo y financiero que no tienen parangón en Europa. Sin embargo, su creciente hostilidad hacia Estados Unidos, la profundización de las divisiones dentro de las filas de los *tories* y la evidencia del descontento electoral después de casi dos décadas bajo el mismo régimen habían disminuido paulatinamente el atractivo del gobierno conservador para la City y para el capital multinacional británico en general.

En este contexto, Blair podía hacer que el Nuevo Laborismo se convirtiera en una opción preferible, una vez completada la transformación institucional del partido comenzada por Kinnock, tras haber subordinado tanto al electorado como a los sindicatos a la dirección del mismo y haberle propinado un drástico giro ideológico. Esto le permitía asegurar un impulso fresco verosímil, con una imagen depurada de los escándalos de la época de Major, y sacar adelante el programa de desregulación y privatización, sobre todo en sanidad, donde el alza de los beneficios estadounidenses mostraba que se podían cosechar fortunas<sup>48</sup>, pero también en la enseñanza universitaria. Al mismo tiempo, podía vender todo esto a sus votantes de la clase obrera, y al conjunto del electorado popular, bajo el barniz de un sistema de gobierno más integrador y comprometido socialmente dispuesto a mitigar la dureza del thatcherismo. A diferencia del partido de los conservadores, el Nuevo Laborismo también prometía la domesticación, no sólo la represión, de un movimiento sindical que en términos numéricos todavía era relativamente amplio. El hecho de que Blair pudiera forjar un acuerdo con Murdoch antes de su elección y de que el Nuevo Laborismo sellara un pacto con las grandes empresas que se ha mantenido desde entonces se debe a que él había asegurado los cimientos políticos e institucionales de esta fórmula. Las labores de preparación del terreno realizadas por el thatcherismo han sido una precondition de su dominio, pero la sombra de aquél también le ha proporcionado, siempre que lo ha necesitado, un fantasma ideal al que invocar para hacer que sus votantes y sus miembros se comporten como es debido. Los estragos que causaron los precursores thatcheristas al propio Partido Conservador no han servido sino para alimentar el efecto intimidatorio de esta amenaza.

En el plano estructural, la cultura genuinamente híbrida del blairismo es fruto precisamente de esta ubicación estructural entre el modelo estadounidense y el noreuropeo. A escala macroscópica, no parece que los países de la OCDE se estén moviendo hacia una resincronización como la que ha caracterizado las décadas de los ochenta y los noventa<sup>49</sup>. La guerra contra el terrorismo no acaba de conquistar el convencimiento de las masas fuera de Estados Unidos y tampoco parece que haya muchas posibilidades de que la gama actual de ideologías multicolores y en liza que

<sup>48</sup> Véase Robert BRENNER, «¿Nueva expansión o nueva burbuja?», en este mismo número.

<sup>49</sup> Véase Perry ANDERSON, «La segunda fórmula a prueba», *NLR* 8 (mayo-junio de 2001).

serpentean la zona del Atlántico Norte se alineen de súbito, ni detrás de un modelo neoconservador ni experimentando una vuelta al centro-izquierda. No obstante, ¿podría el Nuevo Laborismo —especialmente si logra encadenar demoníacamente un mandato tras otro— indicar el camino hacia una tercera posibilidad basada en una nueva fórmula hegemónica que consistiría una simbiosis de ambos?

En diciembre de 2002, el nuevo arzobispo de Canterbury, Rowan Williams, hizo pública una agenda con un marcado contenido político. Un imparable proceso de globalización ha implantado un nuevo modelo político esencialmente consumista que, de acuerdo con Philip Bobbitt en su libro *Shield of Achilles*, puede llamarse el Estado mercado<sup>50</sup>. Según explicó el arzobispo, «actualmente, el gobierno requiere que sea juzgado en función del poder de compra y la capacidad de elección que pueda distribuir». Pero, si el Estado mercado ha venido para quedarse, ¿cómo afecta a su legitimidad? ¿Qué les ocurre a las cosas que realmente importan, «a la conciencia social, a la experiencia acumulada, al desarrollo y al aprendizaje, en una sociedad mercantilizada»? En este análisis, las protestas en torno al combustible que estallaron en 2000 se evocan como advertencia: el trabajo, las relaciones, las escuelas, la familia y la vida pública «poco pueden hacer» mientras estén inscritas en el contexto de un entorno social desarraigado. Williams concluía que «sin la perspectiva de la religión, probablemente toda nuestra política esté en un grave aprieto».

En esta propuesta ideológica, la agenda neoliberal no deja de salir a colación en un tono suave y compasivo, bien porque les preocupa nuestro futuro, nuestro medio ambiente o nuestros convictos, sobre los que pesan largas condenas, bien porque son sensibles hacia las crueldades de la privación social o sienten la necesidad de un «mundo de valores compartido», bien porque hablan del amor gay (hasta cierto punto) o nos suplican que hablemos con Dios mientras dirigimos nuestros pasos hacia el mercado. Además, Williams pedía la implicación activa de la institución religiosa en servicios sociales y educativos patrocinados por el Estado. Este fragmento volvió a publicarse en *The Guardian*, en tándem con una entrevista realizada a Blair sobre la mercantilización del sector público (textos gemelos para tiempos modernos), dando pie a las siguientes valoraciones en el editorial: «Lea la entrevista. Lea el sermón. Cada uno [...] es un testimonio sobrecogedor. Deberíamos sentirnos impresionados por tener un primer ministro y un prelado que están en contacto con el mundo real en el que todos debemos vivir»<sup>51</sup>.

<sup>50</sup> Para un análisis del libro véase Gopal BALAKRISHNAN, «Algoritmos de guerra», *NLR* 23 (noviembre-diciembre de 2003).

<sup>51</sup> Rowan WILLIAMS, *Dimbleby Lecture, 2002 y The Guardian* (20 de diciembre de 2002). Bobbitt respondió en una carta a *The Guardian* al día siguiente:

Me contentaría con que los grandes periódicos de mi país tuvieran editoriales la mitad de profundos y diáfanos. En unos tiempos en lo que los medios de comunicación gozan de gran

Por supuesto, el mundo real con el que debe negociar la síntesis del neolaborismo incluye la ocupación anglo-estadounidense de Iraq. La solidaridad de Blair con Bush todavía es fuente de sorpresas entre sus admiradores, a pesar de ser una consecuencia lógica de la fórmula del Nuevo Laborismo. Después de todo, fue el centro-izquierda a finales de la década de los noventa la primera fuerza política que forjó lo que propiamente podría ser llamado militarismo neoliberal, rompiendo sonadamente con todas las convenciones diplomáticas vigentes hasta la fecha e instaurando el derecho de Occidente a atacar a cualquier país que le ofendiera basándose en razones humanitarias *ad hoc* y, en definitiva, desafiar frontalmente los preceptos fundamentales del orden de posguerra nunca intentado ni por Reagan ni por Bush, padre.

Actualmente, la Administración republicana ha ampliado los pretextos para lanzar un ataque preventivo, y después del 11 de Septiembre los ha envuelto en una cobertura nacionalista mucho más beligerante. Pero la actual política estadounidense en Oriente Próximo, con un discurso basado en difusión de la democratización y de los derechos de las mujeres, recuerda tanto a la Tercera Vía como el «Proyecto para el Nuevo Siglo Americano. Los regímenes de Bush y de Blair no son, en absoluto, idénticos. Pero su alianza es natural, no sólo a causa de la tradicional lealtad mostrada hacia Washington en cuestiones de política exterior por el gobierno británico, sino por las posiciones internas que cada uno de ellos ocupa en el espectro neoliberal contemporáneo. Por la misma razón, el Nuevo Laborismo nunca podrá realmente volver la espalda a Estados Unidos como hicieron sus predecesores. Su ubicación intermedia entre el modelo estadounidense y el europeo asegura, en un sentido bastante diferente a la idea peregrina de Blair, que continuará siendo un «puente» entre ellos.

### *Desenlace*

¿Cuáles son las conclusiones políticas que se desprenden de este escenario? Actualmente, un amplio sector de la izquierda británica, pese a que repudia a Blair, todavía se aferra a la idea de que el Nuevo Laborismo, independientemente del balance que se haga del mismo, sigue siendo el menor de los males y que debe ser defendido, como último recurso, en las urnas. Los argumentos habituales para actuar de este modo son de dos tipos y

---

influencia y por ello soportan mayores responsabilidades, es realmente alentador leer textos como éstos. Me complace que se sientan orgullosos de su primer ministro y de que vean con claridad y atino la lucha que él está librando, la cual es en gran medida una lucha por la comprensión intelectual y moral. Me complace que se sientan orgullosos de su nuevo arzobispo y de que desestimen la caricatura con la que en ocasiones se le retrata. En una época de profunda confusión y de enormes tentaciones a las que sucumbir o que desechar, ustedes intentan ver las cosas como son y describirlas abiertamente. Me temo que esto no les haga muy populares, al menos no a corto plazo (digamos en 25 años). Algunos de sus lectores se sentirán traicionados. Pero ustedes tendrán sus fans, entre los que me contaré,

Philip Bobbit

cada uno de ellos cuenta con su propio electorado. En los círculos intelectuales –donde ha persistido una fascinación residual por Blair, de modo muy parecido a como ocurrió con Kennedy en Estados Unidos, mucho después de que al héroe se le hubiera desprendido la máscara–, lo que se sigue produciendo es una identificación cultural. Se tiene la percepción de que en cierto sentido, y a pesar de las evidencias, el Nuevo Laborismo representa una imagen de Inglaterra más positiva y más liberal que el Nuevo Conservadurismo. Un colaborador de la *London Review of Books* exhortaba a sus lectores diciendo: «Piénsese en todas las ocasiones en las que los *tories* han hecho que Gran Bretaña parezca un país frío, que se caracteriza por un materialismo agresivo, e ignorante, corrupto y xenófobo»<sup>52</sup>. «Parezca» es el término clave. Con el Nuevo Laborismo, se pueden cortar los subsidios a las familias monoparentales, venderse los edificios de los colegios a compañías privadas, se pueden transmitir los asientos en el gabinete a cambio de un préstamo para comprarse una casa, meterse millones en los bolsillos a cambio de pasaportes o de concesiones publicitarias y encerrarse a los solicitantes de asilo en campos de detención en el «país de origen», pero para este sector todo causa mejor impresión. Cualquier brote de duda se puede superar invocando el fantasma de Thatcher.

La defensa alternativa apela a la clase, más que a la cultura, y es más popular entre los militantes laboristas y sindicales. En este caso, se confía en que el alma del verdadero Laborismo descansa profundamente dormida dentro del frágil caparazón del Nuevo Laborismo. La realidad cotidiana de las políticas de Blair está haciendo que los trabajadores, tanto del sector público como de otros sectores, no tengan más remedio que redescubrir sus intereses de clase y desplazarse hacia posiciones más militantes al toparse con el filo acerado del asalto neoliberal. La presión popular forzaría a los líderes sindicales a enfrentarse al gobierno demandando políticas que no vayan en contra de los trabajadores o que, al menos, sean escuchadas sus necesidades. La izquierda no debería abandonar al partido con el que los sindicatos todavía se identifican. Sus militantes deberían resistir en el Nuevo Laborismo y aportar críticas desde dentro mientras arriman el hombro en la arena electoral.

Sin embargo, el aparato del partido del Nuevo Laborismo cerró filas definitivamente frente a la izquierda con Kinnock hace dos décadas. Actualmente, su captura democrática es inimaginable. Además, hay escasas evidencias de que en Gran Bretaña esté en marcha un nuevo sindicalismo radical. Aunque el mercado de trabajo se halla sobretensado, las jornadas laborales perdidas a causa de movilizaciones laborales siguen estando en sus mínimos históricos. Después de veinte años de neoliberalismo la propia clase obrera británica ha sufrido una transformación, sobre todo mediante la desindustrialización de sus enclaves. Su capacidad para la acción colectiva se ha mermado ostensiblemente. Las acciones de castigo al Nuevo Laborismo han sido cada vez más minoritarias y defensivas, aunque se peleara duro, como suce-

---

<sup>52</sup> J. Lanchester, «Unbelievable Blair», cit.

dió con el cuerpo de bomberos. Otros sectores se han vuelto más atomizados y financiarizados, como es el caso de los propietarios de viviendas y de los futuros pensionistas y, relativamente, han ganado. Su potencial para la acción social concertada aún no se ha revelado.

La gran mayoría de los líderes sindicales –una excepción es Bob Crow, el líder de los ferroviarios– ha apoyado la postura de Downing Street en las cuestiones importantes<sup>53</sup>. El Transport and General Workers [Sindicato General de Trabajadores y de Empleados del Transporte] jugó un papel crucial para desactivar las potentes, aunque fugaces, revueltas que se desencadenaron por el aumento de los precios del combustible en 2000 y que fueron lo más cercano que ha habido a un movimiento doméstico contra el Nuevo Laborismo, si bien sus protagonistas formaban parte, en buena medida, de las resentidas filas de la Contryside Alliance [Alianza Rural], que reúne a un sector de la población rural privada de servicios con los fanáticos de la caza del zorro. A su vez, el Fire Brigades Union [Sindicato de Brigadas de Bomberos] hizo un llamamiento para convocar una huelga respaldada masivamente con el fin de liberar a las tropas que tendrían que quedarse como esquiroles, para que pudieran ser eximidos de ir a conquistar Iraq. En la Conferencia del Partido Laborista celebrada en septiembre de 2003, los jefes de los cuatro sindicatos más importantes, Simpson (Amicus), Woodley (T&G), Pretins (Unison) y Curran (GMB), en lugar de movilizar a sus miembros para que un colegio electoral echara con viento fresco a Blair por su actuación belicista, hicieron frente común para mantener a Iraq fuera de la agenda. Lo mismo hicieron los representantes del electorado no afiliados al partido que agasajaron el discurso del primer ministro con una ovación que se prolongó durante tres minutos. Los miembros reticentes del partido continúan su correcta trayectoria. Según los sondeos de opinión realizados antes de la invasión, dos tercios de los presidentes de cada distrito electoral del Partido Laborista apoyaron la guerra contra Iraq, muy por encima del nivel del respaldo nacional.

No hay motivo para adoptar una postura más sensiblera hacia el Laborismo de la que muestra el propio Blair. El juicio de *The Economist*, según el cual él es el mejor primer ministro de derechas que podría tener Gran Bretaña, es perfectamente apropiado. Desde el punto de vista de la izquierda, la lógica debería estar clara: cualquier otro sería preferible. Es un anacronismo pensar que es posible diferenciar la actuación de los partidos rivales cuya contienda se desenvuelve dentro del campo de la política neoliberal una vez que alcanzan el poder gracias a sus pedigrís ideológicos o a sus bases electorales. Sus políticas son un reflejo del equilibrio de fuerzas dentro de la sociedad que, característicamente, son el legado de los regímenes predecesores y del mundo exterior. Al igual que Clinton estuvo mucho más a la derecha que Nixon en cuestiones de política nacional, Blair lo ha esta-

---

<sup>53</sup> En otros ejemplos, los discursos bien hilados, por ejemplo, por Bill Hayes, del Sindicato de Trabajadores de la Comunicación, fracasaban a la hora de movilizar a una fuerza de trabajo dividida contra la privatización de la Oficina Postal.

do de Heath, y más aún de Eden o de Macmillan. Actualmente, los principales partidos de la oposición, los demócratas liberales y los conservadores, están atacando al gobierno desde la izquierda utilizando como arma arrojadiza las tasas universitarias y la reforma de las pensiones, pero esto les está costando la desaprobación de la prensa financiera.

Si se compara con sus predecesores inmediatos, la única conclusión que se desprende de una auditoría objetiva es que el Nuevo Laborismo ha lanzado unas migajas a los pobres con una mano y con la otra ha consolidado y extendido el programa de Thatcher; en política exterior, el balance de situación está mucho más ensangrentado. Los civiles asesinados en las sucesivas agresiones llevadas a cabo por Blair en el exterior –Iraq, Yugoslavia, Sierra Leona, Afganistán, Iraq– superan el récord de Thatcher por decenas de miles. Las migajas domésticas que el régimen ha repartido no son nada comparadas con la destrucción del orden legal internacional y con la pérdida de las vidas de personas extranjeras que han sido el sello distintivo de este régimen. Como todo gobierno, Gran Bretaña sólo puede ser juzgada a la luz de sus actos y de una valoración racional de su trayectoria futura. Cuanto antes se acabe el Nuevo Laborismo, mejor.